



[*Construcciones Populares*]

LOS CORTIJOS DE LA ALTA ANDALUCÍA. Testimonio de Rodolfo Sánchez Cuéllar.

El portalón, estaba partido horizontalmente, aproximadamente por la mitad, de tal forma que se podía cerrar solamente la parte de debajo de la puerta, ajustándola con un bolo de madera; éste tipo de puerta ofrecía la oportunidad de mantener media puerta cerrada y media puerta abierta, al objeto de dejar pasar la luz y el aire y poder cerrar el paso si convenía, a los animales, generalmente gallinas y pavos que iban y venían circulando libres por los alrededores del cortijo, buscándose la vida, picando todo lo que encontraba a su paso. Hay un dicho en Cataluña que dice: "El hombre hace a la casa y la casa al hombre". Por eso me parece conveniente, aunque sea someramente, dar algunos detalles de la estructura interna de un cortijo, porque de ello se puede deducir, el tipo de personas y la clase de vida que generalmente se veían obligadas a llevar las personas que vivían dentro. Debo hacer notar al amigo lector, que nos hemos situado en los albores de los años veinte y treinta.

Años 20

Yes que “la Andalucía”, es como si realmente fueran dos, aparentemente iguales, pero en la realidad diferentes. Normalmente se las denomina la “Andalucía Alta” y “Andalucía Baja”. En la Alta está la provincia de Almería, y en esta, el pueblo donde yo nací.

Los que conocen aquello, saben que la provincia de Almería es dura. Dura y seca como un sarmiento en su mayor parte. Su paisaje, una fusión de vegas feraces y montes ferozmente reseca-dos por un sol de justicia, que gran parte del año cae como plomo, y donde el gozo de la lluvia aparece más bien de tarde en tarde.

Las faldas de los montes, se pueblan de esparto, de bojas y al-baidas, que al florecer en su tiempo, tiñen de amarillo las lade-ras.

Desde las ramblas y barrancos tirando hacia arriba, se observa cómo se escalonan grandes y pequeñas “atochás”, que van tre-pando hasta casi conseguir tocar la cima de los cerros dando forma a pequeños bancales, en los que viven y mueren luchando solitarios, olivos, almendros o higueras. Sobre este paisaje, por lo general duro, incluso en algunos casos desoladores para los que lo contemplan por primera vez, se ven por aquí y por allá, espar-cidos los cortijos, caserones que están como perdidos en las faldas de los montes o en las cañadas.

Nadie piense en los cortijos de la baja Andalucía, esos cortijos que la mayoría de las gentes conocen por las películas. Los viejos cortijos de Almería son otra cosa. Se trata en general de viejas es-tructuras de piedra y barro, casi todos ellos muy parecidos por dentro y por fuera. Están formados esencialmente, por un cuerpo de edificio rectangular, en algunos casos de planta y piso, con los tejados cubiertos a dos vertientes con teja árabe y frente al edifi-cio, una explanada, cubierta los veranos por el “chozón”, algo así como una pérgola construida con palos de madera y cañas por encima de la puerta de entrada, para defenderse del calor. La en-trada al edificio del cortijo se hacía a través de un gran portalón de recia madera, reforzando con clavos de herraje, puertas por otra parte de uso generalizado en la región.

El portalón, estaba partido horizontalmente, aproximada-mente por la mitad, de tal forma que se podía cerrar solamente la parte de debajo de la puerta, ajustándola con un bolo de ma-dera; éste tipo de puerta ofrecía la oportunidad de mantener media puerta cerrada y media puerta abierta, al objeto de dejar pasar la luz y el aire y poder cerrar el paso si convenía, a los ani-males, generalmente gallinas y pavos que iban y venían circulando libres por los alrededores del cortijo, buscándose la vida, picando todo lo que encontraba a su paso. Hay un dicho en Cataluña que dice: “El hombre hace a la casa y la casa al hombre”. Por eso me parece conveniente, aunque sea someramente, dar algunos de-talles de la estructura interna de un cortijo, porque de ello se puede deducir, el tipo de personas y la clase de vida que general-mente se veían obligadas a llevar las personas que vivían dentro. Debo hacer notar al amigo lector, que nos hemos situado en los albores de los años veinte y treinta.

Si seguimos acercándonos al cortijo, veremos como el porta-lón de entrada a una pieza rectangular, generalmente bastante amplia, que a uno de los lados de la misma, tenía adosada una chimenea con el hogar a ras de suelo. A cada lado de la chimenea, unos armarios empotrados ajustados con puertas cristaleras. Si-tuando, debajo de uno de estos armarios, una hornacina para co-locar la leña que se irá quemando en el hogar, ya sea para cocinar



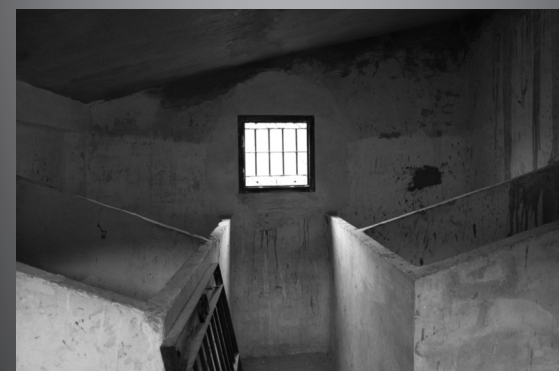
Cortijo de los Tempranos en Tomácar. Foto: Andrés Carrillo Miras



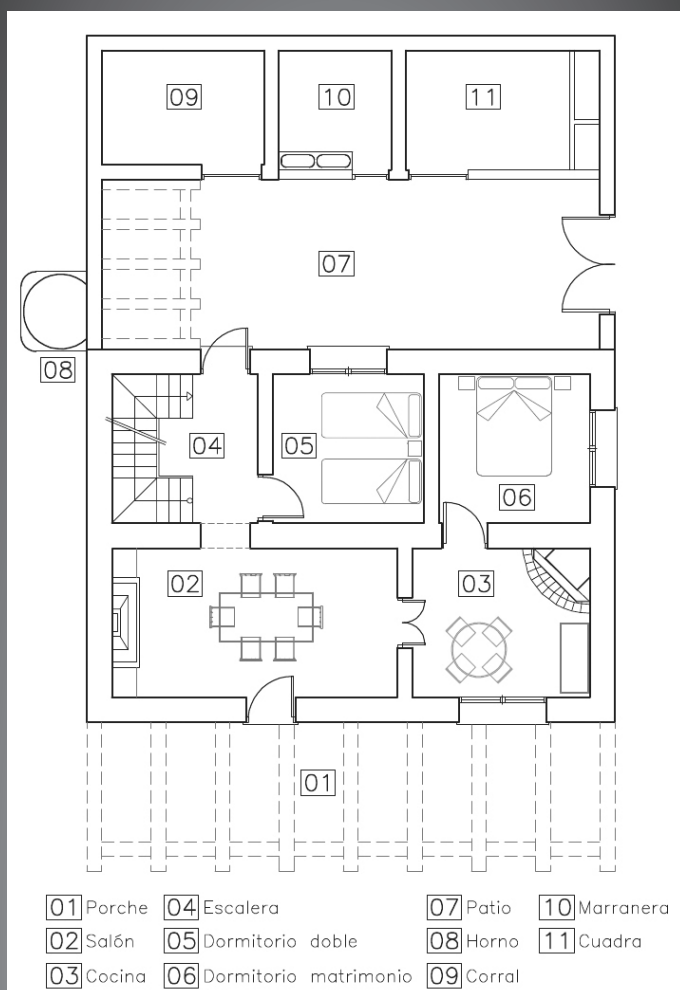
Cortijo de la Media Legua. Foto: Herminio Lucena Yañez



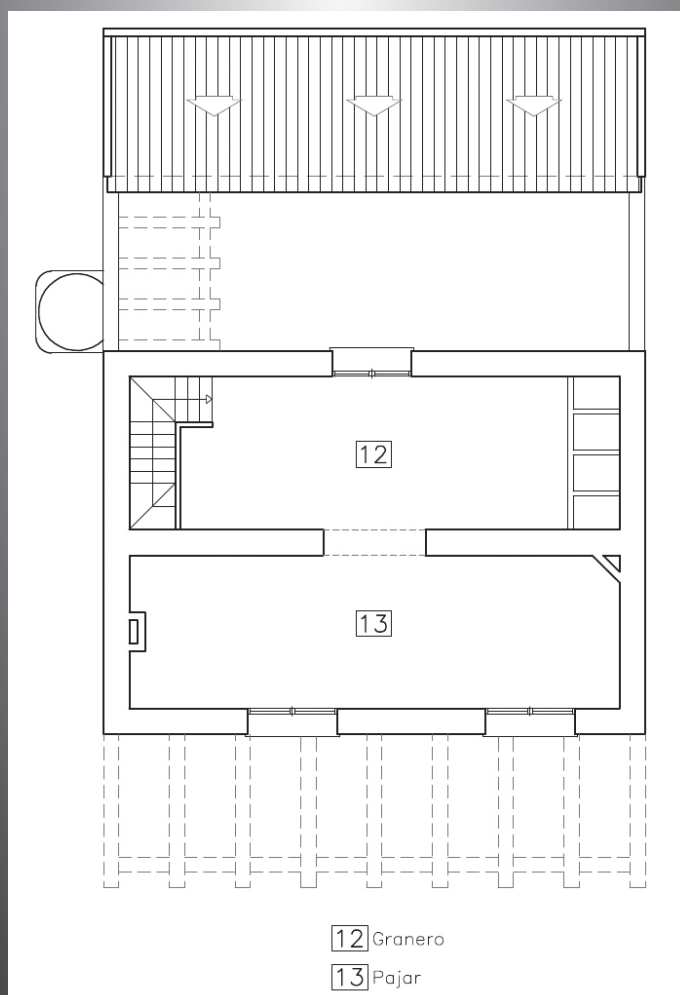
Cortijo de la familia Peña. Foto: Herminio Lucena Yañez



Cámara del cortijo de la Media Legua con los departa-mentos para el almacenamiento del grano. Foto: An-drés Carrillo Miras



Planos de la planta baja y primera planta de un cortijo. Documento: Mateo Muñoz Martínez



las comidas de cada día o poder calentarse la familia alrededor de la lumbre en las noches de invierno.

En la parte trasera del cortijo se situaban los corrales. Disponían éstos de una parte al aire libre, conocida y llamada con el nombre de “el descubierto”, viniendo a renglón seguido la parte cubierta, que constituía la cuadra, donde las caballerías descansaban o comían en los pesebres después del trabajo. Generalmente las más de las veces, comprendían un par de burras o una burra y una mula.

El corral, se completaba con un cubículo destinado a encerrar los cerdos, llamado comúnmente “la marranera”, situada y construida en lugar aparte. En otro rincón de la cuadra podía verse el gallinero con el nidial para que las gallinas pusieran los huevos. Finalmente, se acotaba también un espacio para las cabras si las había.

Los conejos campaban a sus anchas por todo el corral y con poca cosa ellos mismos se agenciaban sus madrigueras. La entrada a los corrales se hacía por una puerta aparte, situada casi siempre en una de las fachadas laterales, si esto no era posible, era corriente que la entrada a los corrales se hiciera por la puerta general de entrada al cortijo. Como último detalle, en la fachada y a ambos lados del portalón de entrada, habían colocadas unas estacas que se usaban unas veces para amarrar las caballerías, en otras para colgar las albardas y las aguaderas y en el suelo de la estancia principal, si esta servía de único paso para los corrales, había un paso realizado de cantos de piedra del río para que los animales no resbalaran.

Este cuadro se completa añadiendo que, casi siempre los alrededores del cortijo estaban cuajados de chumberas y algo más lejos, la era para la trilla de la mies, un lugar donde, además sin peligro, podían jugar los niños y si se terciaba y la ocasión lo requería, servía la era también de sala de baile al son de un acordeón, donde los mozos y las mozas de los cortijos del lugar, celebraban sus verbenas o acontecimientos familiares como bodas, bautizos, etc.

Entre las chumberas, iban y venían gallinas y pavos durante todo el día, picando hormigas, restos de grano y todo lo que de comestible se ponía al alcance de sus picos. Las gallinas clueclas y su polluelos se mezclaban con las otras aves en este ir y venir por los alrededores del cortijo, hasta que, llegando al anochecer, se encerraban en sus gallineros hasta el despuntar del nuevo día, donde se les abría de nuevo la puerta y vuelta a empezar. Todo el santo día picando y cargando sin ley ni concierto.

A la puerta del cortijo y colgado a la sombra, el botijo con agua fresca. No podemos olvidar los cuartos de dormir, las cámaras para almacenar el grano, así como el pajar y el cuarto de la



Plano del Alzado y dibujo de la fachada de un cortijo. Documento: Mateo Muñoz Martínez



artesa donde se amasaba el pan que se cocía en el propio horno y en este mismo cuarto, se ubicaban las cantareras y si no, se instalaban bajo el arco de la escalera de subida a la cámara. Debajo de las cantareras se colocaban las patatas. Colgando del techo de las cámaras, en unas maromas de caña, se colgaban los chorizos y las morcillas, las longanizas, los jamones y demás embutidos caseros, según la tradición del lugar. En el rincón más seco del cortijo se guardaban los tomates y los pimientos secos, los mismos que se secaron en el verano encima del chozón de la entrada, en un secadero improvisado creado por juncos o cañas.

En síntesis y a grandes rasgos, éste es más o menos el tipo de cortijo que uno solía encontrar en muchos lugares de la Alta Andalucía, por aquellos años.

Estas casas y sus campos, eran habitados y trabajados por el cortijero y su familia. Hombres y mujeres que, por

cuenta propia o ajena, daban el callo todos los días del año, indiscriminadamente, tanto de día como de noche. En muchos casos, había que regar, incluso de madrugada, si el turno así lo exigía. El “regaor”, con los pies hundidos en el barro de las acequias, con el agua hasta la pantorrilla o media pierna, alumbrándose con un farol, en las noches que no había luna, se pasaban horas y horas ojo avizor, para no perder una gota de agua.

El trabajo, prácticamente de sol a sol, lo mismo en invierno que en verano, todos los días del año. No se acababa nunca.

Las gentes que vivían en cortijos muy alejados del pueblo, acudían al mismo el día de mercado y los domingos o bien en casos de necesidad. La distancia obligaba a vivir a los hombres y las mujeres casi aislados. Luchando sin tregua toda la familia para conseguir mal vivir, con poca fe y menos esperanza. Amarrados a la tierra, mirando al cielo, cada uno en su sitio, esperando siempre tiempos mejores. En la década que nos ocupa, pocos cortijos tenían luz eléctrica y menos agua corriente, por no decir ninguno. No pudiendo olvidar los problemas de la higiene personal y todo lo relacionado con la educación y la salud. Se puede afirmar sin sonrojo que las mínimas garantías médico-sanitarias eran, por aquellos años, pobres y miserables.



Imagen cotidiana en la puerta de un cortijo. Foto: Antonia Fernández